

En relación con estas obras de Sicilia sobre páginas del carmelita ha escrito Francisco Calvo Serraller: «Ya desde el comienzo de este trabajo sobre cera se percibía una intención de coagular la luz, como en la serie que [Sicilia] dedicó a los manuscritos de san Juan de la Cruz, donde las páginas y diversos signos figurativos superpuestos quedaban atrapados en un estuche translúcido de reverberación opalescente». La idea de la «coagulación de la luz» es particularmente certera: el espectador percibe, en efecto, que estas piezas son, entre otras cosas, un estudio de las posibilidades lumínicas de la cera. Pero no se trata de una fetichización de ese material, esto es de una mostración de la materia bruta, sino de una asociación de los valores metafóricos y plásticos de la materia con la poesía de san Juan de la Cruz a través de viejas páginas manuscritas.

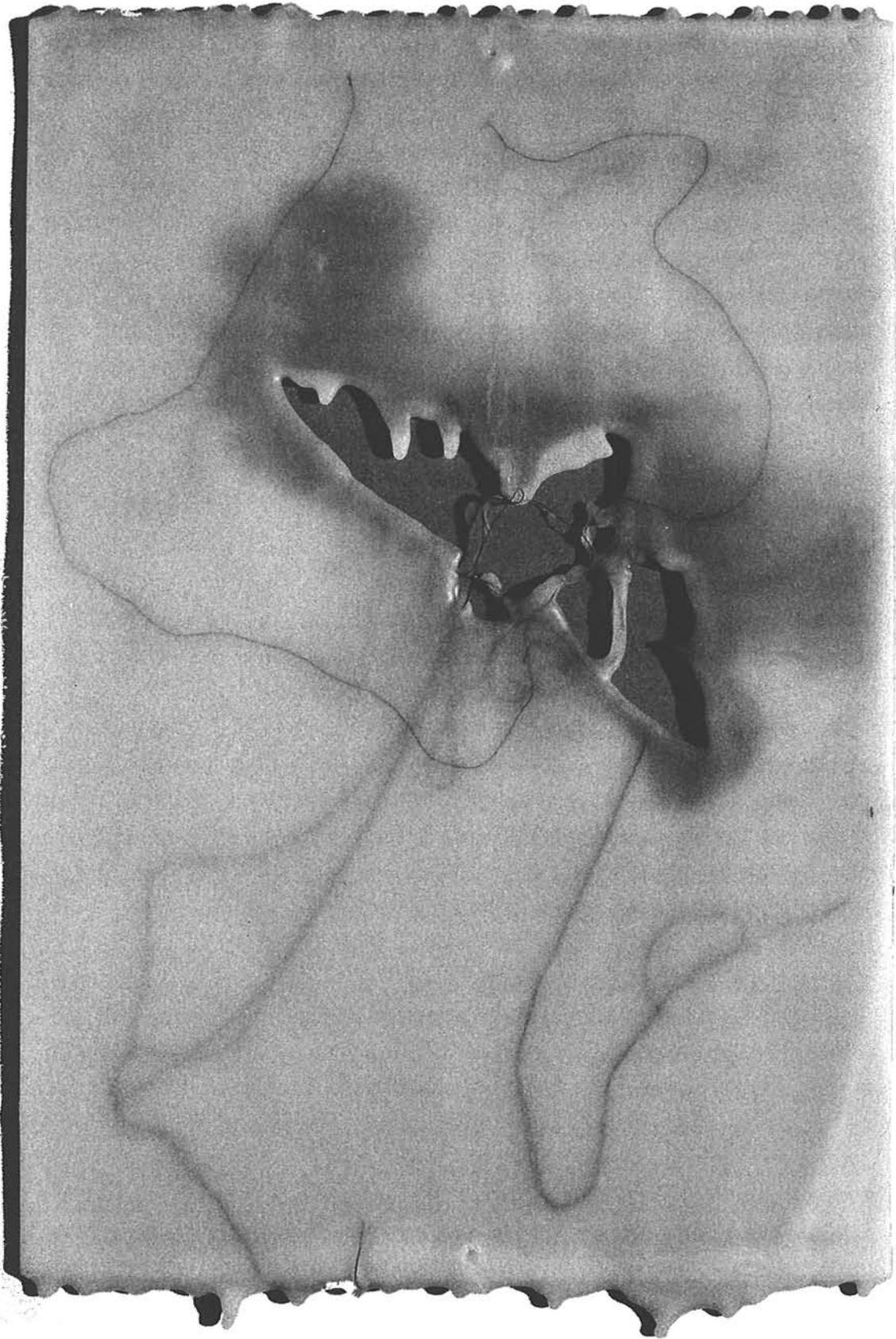
La luz opalescente de la cera envuelve las palabras del poeta y las sume en una suerte de crepúsculo lechoso, más el crepúsculo del día que el crepúsculo de la tarde. Luz de amanecer. Luz, sí, de amanecer perpetuo, porque la pintura *atrapa* o *apresa*. Y lo que atrapa o apresa ante todo, a mi ver —mejor dicho: lo que *intenta* atrapar o apresar—, es el tiempo. Puede este punto ser abordado desde distintos ángulos. De manera acaso involuntaria ha aludido el propio José María Sicilia, en efecto, a la dimensión temporal en estas pinturas cuando, recordémoslo, se refirió a ellas diciendo que dejan traslucir «el mundo rural de Mallorca, el perfil blanco de la Tramuntana en enero y la floración de los almendros de febrero, las noches del barranco de Sóller, la agitación de las hormigas en agosto, los árboles de Praga y las ventanas empañadas del pequeño jardín de Sudek, el frío y la incertidumbre de París...». Esta enumeración encierra, a primera vista, un carácter eminentemente espacial. Pero si nos fijamos con atención, contiene también —y yo diría que ante todo— un sentido temporal: la ronda o la rueda de las estaciones y los ciclos temporales. Una impresión que se ve confirmada cuando el propio Sicilia añade que las hojas, recordemos, «fueron perdiendo su cronología».

Esta última observación del pintor es, en verdad, inequívoca, y constituye, por otra parte, una suerte de rotundo corolario de las palabras precedentes y de su reflexión sobre la temporalidad. Insistí más arriba en la antigüedad de las páginas manuscritas sobre las que trabajó Sicilia en *La luz que se apaga-Manuscrito de Sanlúcar* y *Manuscrito de Jaén*. No es este, en absoluto, un dato irrelevante. La antigüedad de esas páginas (aunque se trate de una edición facsimilar, la idea aparece dada) se vuelve protagonista de esta serie de pinturas. La razón me parece clara: hay una estrecha conexión entre la antigüedad de las páginas de san Juan de la Cruz —es decir, la evocación, en primer lugar, del *tiempo*— y la naturaleza *estática* de

la pintura, la fijeza o la inmovilidad que implican las imágenes pictóricas. También, claro está, en estos cuadros de Sicilia, en los cuales se han encerrado, como en una caja, unas palabras que vemos a través de una masa de cera y de su luz solidificada, una lechosa luz de amanecer.

La pintura, en efecto, inmoviliza, fija, detiene. La pintura lucha contra el tiempo y parece detener su curso en un instante que diríamos tangible, material. Al inmovilizar el tiempo, la pintura parece situarse más allá de él, es decir, se instala literalmente en lo intemporal. Se diría que el tema principal de estas pinturas –junto a la aparición de un más allá de la materia que sólo la materia puede, en rigor, mostrar– es la destemporalización del acto espiritual, la inscripción del vuelo del espíritu en la atemporalidad. Ese viejo manuscrito ha sido fijado en el tiempo: tiene las huellas de un hombre de hoy. El pasado y el presente se han encontrado en un punto más allá del tiempo. El vuelo del alma, sumergida en una luz de cera, tiene lugar en la luz de un amanecer que es la luz de todos los amaneceres contemplados por la mirada del hombre. En su pintura, Sicilia ha envuelto en una luz de cera el misterio del tiempo.





*Spellbound* (1992). Acuarela, hilos y seda.